

Cecilia y la nada

Gastòn Augusto Bravo



Capítulo 1

1

Cecilia muerta relata:

Lanzarse de un edificio no es tarea sencilla, pero aquella noche repleta de nada Cecilia ropió el pavimento sin que la atajara el viento que le diera en la frente cómo lo haría un hachazo que intentara frenar a una mosca. Partiéndose en dos cuando chocara al cemento que no le haría ningún monumento cuando quedara nuevamente partida en dos. No generó ni el mínimo chasco en la ciudad, nadie se acercaría para conmemorarla, y ese suelo dejaría solo un enchastre o poco menos que una escena del crimen. Curioso es el hecho que de ella algo se sobreeleva al ir descendiendo a toda esa velocidad. Para que la física una vez más se tuviera que reunir a: enfrentar uno más de todos esos problemas existenciales; y así entender que es lo que gravitaba por su cerebro. Materia última de su anatomía que se le terminara de desangrar al haber sido frenada y amortiguada en el impacto por el peso maleable que guardaran sus pensamientos.

Primera extensión sobre el pavimento de su materia gris:

<< Pues somos instantes, estrellas fugaces tratando de encender la luz, que aun así, entre tanta niebla se tapa. Mensajes que pasan por el tiempo como aquellos enfrascados en botellas que se tiraron al mar, y que esperan por que las olas los arrastren, mientras congelados en aquella cápsula se convierten en instantes eternos. Pasandose los días, las horas... que corren y que vuelan, al igual que el tiempo. Dejandonos con la respiración que varias veces se nos lanza, como langosta; cuánto mas se nos acorta, y que nos da permiso para irnos de ese lugar... Pero ESTE instante es fugaz! Tan fugaz que permanece flotando entre fórmulas y leyes físicas. Entre gravedades. Y que nos permite: mirarnos físicamente a los ojos, estrechar los brazos, sujetarnos por lomo de la espalda, acercarnos el uno al otro, conquistar nuestros corazones, por medio de esa boca que conspira ante toda ley de decadencia. Pues por eso brillamos. No nos queda más alternativa para lograr eludir las trampas del tiempo. Los imponderables e imposibles que se nos lleva la vida, las noches enteras sin dormir... Brillamos! para darle al mundo esperanza, de que con una fuerte sacudida de piel, AQUEL ABRAZO quede registrado en las constelaciones; para que de lejos nos observen y se

convenzan que aun así, se puede ser luz entre tanta oscuridad.

Brillar: a eso estamos destinados; aunque haya escépticos que cabalguen caballos con antifaz.

Brillar: acto intenso que le puede sacar piel de gallina a Plutón. Saturno ya ha cambiado de órbita para estar más cerca de Marte. >>

Una fina capa de sangre comenzaba a perderse... La noche todavía seguía oliendo a nada.

Capítulo 2

2

Los últimos cinco pasos hasta quedar arrimada del precipicio le costaron tres siglos. Pisaba como vieja con bastón, y ningún pájaro se animaría a voltearla como para discutirle fuleras decisiones. Se había encargado de planear la maniobra toda la tarde. Pensando en si se tiraría en el primer intento o si se tiraría a la décima vez, luego de que se siguiera frenando, por el susto. Pensaba en si lo haría corriendo para experimentar la caída libre como una avioneta a la que se le apagara el motor, o si se pondría de espaldas para lanzarse luego de dar una mortal hacia atrás, imaginándose desde un trampolín. Acumulándose mientras tanto peso, dentro de esa cabeza suicida, que buscara inconscientemente pero consciente, a su final, el que mejor le calzara, ese que la dejara atrapada como las agujas al tiempo.

Pisó quedando de frente, con la columna vertebral que se le mantuviera derecha, al oscuro horizonte que se perdiera por la noche aplanada. Vacía de sentido. Y en la que los cines no dieran ninguna película: ni de amor, terror, ni de cualquier drama malo. Siendo ella la única que quedara enfrentando la crítica de los que pudieran aclamar lo que vieran por esa pantalla.

Contó confundida entre la noche, entre síncope y soponcios, los cuatro pasos que la dejaran de punta en la azotea. En aquel cordón que no tuviera más materia para seguir deteniéndola. Dando un próximo paso que la dejara alineada a su pie izquierdo. Frenando. Mirando, lento bien lento, en todas las direcciones posibles, menos hacia abajo.

Quería sufrir cada segundo que antecediera a esa caída como también de la boca del león que la estuviera esperando para tragarla, abajo. Las puntas de los pies se le aferraban al suelo siendo el dedo de la punta el que mordiera con los dientes el susto; para no caer.

Dejó que le pegara en la cara una brisa, que no se le apiadara, de una noche torcida. Sin que nadie de los que tuviera por si acaso un tercer ojo se advertiera de su presencia (cerca del cielo) cómo para salvarla. Se abrió de brazos, luego de contar hasta tres, luego de que el pecho se le enderezara, al igual que su columna. Despidiéndose de sí misma: - Renacerás pero esta vez sin ninguna tristeza.

La fricción del viento no tuvo la fuerza suficiente como para contrarrestar la velocidad con la que cayera. Había desperdiciado 35 años de su pasado.

Segunda extensión sobre el pavimento de su materia gris:

<< ¿Qué se necesita para seguir viviendo? Preguntas como estas te hacen parecer una simple depresiva. Una estúpida que reniega por los jardines de un patio sin flores. Pregunta que pudiera ser tan asqueante como apasionante. Sin encontrar a los muchos que, con ganas o sin ganas, apasionadamente, se le hayan atrevido a responder. Desconociendo por eso a los que no se la contestaron. A los que se le ensuciara con tierra sus ataúdes. Necesitando encontrarlos antes de respondértela vos, para que no se te quedara un poco... pegada la tierra... al levantar la vista y gritar: "ME NECESITO!" A ti. A mí. A vos. Me necesito. A vosotros. Los necesito a todos. Nos necesitamos! Soy esa misma que grita... se necesita, como aquel gallo que intentara poner huevos, sintiéndose gallina... La pelotuda que se diera patadas en el estómago para no atragantarse mientras tratara de digerir manzanas podridas. La Cecilia que se dijera: -Ven y quítate de una vez por todas tus peores recuerdos... Las peores pesadillas.

¿Tan difícil es hacer un pacto con el presente y otro con el futuro para que nada esperen de ti? Para no tener que oler ese puro perfume con olor a mierda de querer corresponder cuando, quisieras, bien lo sabes, desaparecer. Mostrándote fuerte entre lo débil. Cuando el mar arrancara castillos de arena, que tanto te han costado construir! Sin ver levantar catedrales, templos enteros, e inmensos palacios. Sin haber encontrado el aire suficiente ni la inspiración. ¿A caso que te motivaba para que no se te hicieran bolsa todas estas palabras...? Sangre en el pecho tenías, cuando tiempo atrás hubiera solo alaridos y espasmos. Al levantarte luego de tantas palizas. Conservándote aun en las peores que te tocara, con la frente intacta..., con la saliva que bañara tu boca, para mencionar todas estas palabras. Las que se fueran de viaje por los pueblos lejanos, oyendo lo que la gente dijera, oyéndote la gente, por lo que esta persona hubiera sido capaz. De revertir mareas, que hubieran dejado a los barcos encallados. Eso fue difícil! Pero ahora sales a navegar bajo huracanes y parecieras volar, hacia abajo, muy abajo, pareciendo ir en busca del fondo, del piso. Flotar, cuando te tuvieras que arrastrar hacia el infierno... Es esta la Cecilia de la obra creadora. La que combate contra la misma Cecilia. La que se levanta una y mil veces, luego de haber combatido, una y mil veces más. La que pide por un plato de sopa, para probar y ver, de lo que estuvieran hecho sus dolores. Los que se siguieran estrangulando en la lucha, los que siguieran, estrangulando. Como un acordeón, en la lucha interna. Para que no te tumaras en medio de las multitudes. Despertando volcanes que pretendieran salir de las llamas de un dragon, o de los leños de una chimenea, para que no se hielen, tus sentimientos. Arrimándote, a los despeñaderos de Cecilia. A los

acantilados por donde pisas para preguntarte por ti, y ver si hallas respuestas, que se oigan, en ese estruendo silencioso, como relampago de tormenta. Preguntando hasta el cansancio por si vale la pena saltar o seguir en lo alto del acantilado, esperando. Debatiendo, por si es mas fácil, darse la pera o la nuca contra el suelo. Al quedar estampada bajo huesos que se parten. Vomitando la sangre por las válvulas de tu corazon, encolerizada, por tragar tantos sucios venenos. Vomitando la médula que comparte, y que pregunta, mientras desecha, hasta el infinito e inagotable, por si vale la pena seguir viviendo, por si vale la pena seguir escribiendo cuando todas las luces del cuarto ya no funcionan, tapando lo que hay de ceguera, como lo que hay de palabras, que no se escriben, y que solo encuntran la manera de escapar a través de preguntas como éstas, para permitirte cerrar los ojos, mientras te maquillas... y así bailar. Bajo las cenizas que caen de los volcanes que hierven de temperatura, al igual que la sangre, que te estalla, para contestar, que: PARA SEGUIR VIVIENDO SE NECESITA AVANZAR.

A pie, de rodillas, desplegando las alas...

¿Ya te has arrastrado lo suficiente? ¿No crees que sea hora de intentar despegar ambas pantorrilas del suelo? Ánimo! No está mal, sentirse ave en todo este reino. >>

La noche tomaba una leve rendija y se empezaban a pelear las nubes por no querer ver tapar a luz de la luna. Que no hiciera mucho para iluminar cuando viera su cadáver desparramado y brotado de sangre.